

UNA DURA POSTGUERRA

1939: FRANCO MANDA,
ESPAÑA OBEDECE



La victoria de Franco impone en España una severa dictadura que busca sojuzgar a los vencedores, olvidándose de la convivencia y sumiendo al país en el miedo y el hambre.

FRANCO MANDA, ESPAÑA OBEDECE

En abril de 1939, Franco se disponía a reinar en la cumbre de un Estado que él mismo había ido levantando entre los escombros de la guerra. Para ello, no contaba más que con su exiguo equipaje de oficial colonial y una imprecisa idea de lo que debía ser un régimen autoritario, conservador y católico que afirmase la unidad nacional y los valores tradicionales de la sociedad española. Terminada la guerra, España aparecía con una mordaza en la boca. Partidos políticos y sindicatos son prohibidos, las libertades democráticas suprimidas de un plumazo y los medios de comunicación puestos bajo la férrea censura del Estado.

Desde el principio hasta el final, el régimen franquista fue una pura dictadura, a la que se puede adjetivar según el momento pero sin perder de vista que Franco tuvo siempre todos los poderes en su mano y que sólo los limitó cuando él quiso. "Franco manda, España obedece" pregonaba una de las más madrugadoras consignas. No tuvo, pues, que gobernar, le bastó con



El general Francisco Franco en pleno discurso, en una fotografía correspondiente al año 1936, al inicio de la Guerra Civil.



"Todos, desde la población civil a generales y ministros, bajarían la cabeza ante el caudillo, que sólo se responsabilizaba ante Dios y la Historia que él mismo ordenaba escribir."

El general Moscardó, el general Franco y el ministro del Interior Ramón Serrano Suñer en Zaragoza en 1938.



El exilio interior o exterior y la muerte esperaban a muchos de nuestros artistas. De izquierda a derecha, Salvador Dalí, José Moreno Villa, Luis Buñuel, Federico García Lorca y José Antonio Rubio Sacristán en 1926.

mandar. Todos, desde la población civil a generales y ministros, bajarían la cabeza ante el Caudillo, que sólo se responsabilizaba ante Dios y la Historia que él mismo ordenaba escribir. Sus primeras disposiciones ya se encaminaban a tal fin. Universidades, institutos y, sobre todo, el cuerpo de maestros, sufren implacables procesos de depuración.



Manuel Azaña, segundo y último presidente de la II República, huye a Francia tras la caída de Barcelona. Esta fotografía lo muestra a su llegada a la estación parisina de Austerlitz, el 9 de febrero de 1939.

EXILIO Y OLVIDO

Los novelistas maduros, la generación del 27 casi al completo, los estudiosos de la lengua, los poetas... se van, y su voz se silencia. Buscan refugio en América o en una Europa lúgubre, sacudida por la guerra mundial. Uno de aquellos huidos, el poeta Antonio Machado, moría en Francia unas pocas semanas después de haber cruzado la frontera bajo una lluvia silenciosa. En el bolsillo de su gabán dejó un verso, el primer verso del exilio y el último de su ingenio:

Estos días azules y este sol de la infancia...

La España del exilio es toda una metáfora sobre el tiempo y los sueños rotos. Los perdedores siempre mueren más veces. Como la mayoría de aquellos



Fotografía del campo de Argelès-sur-mer (Francia), donde fueron encerrados muchos republicanos españoles exiliados. Ellos mismos se construyeron primero chozas y, posteriormente, barracones.

**“La España del exilio es
Toda una metáfora sobre el
tiempo y los sueños rotos.
Los perdedores siempre
mueren más veces.”**

350.000 republicanos anónimos que recorrieron los caminos negros del destierro, los dirigentes de la República se enfrentarían a tres muertes. Huyendo de la represión, sufrieron, primero, una extinción lenta, corrosiva e implacable provocada por la nostalgia de lo que dejaron atrás. Con los años murieron de verdad y el olvido pobló los cementerios europeos y americanos. Azaña fallecería en Francia al poco tiempo. Los demás vivirían lo suficiente para perder la esperanza en la restauración de la República.

MISERIA MORAL Y POLÍTICA

Otra buena porción de españoles no tenía muchos motivos de satisfacción ante una posguerra que se presentaba inclemente. Porque no se trataba de volver a empezar ni de reconciliar nada. Para los ganadores de la guerra es la hora de pasar la factura: para el resto, el momento de pagarla. La violencia estructural llena las calles, silencia la boca de algunos, se asoma a

sus casas, les toca la espalda. Miles cayeron víctimas de los pelotones de ejecución con la cobertura de la Ley de Responsabilidades Políticas. Y muchos más fueron a parar a la cárcel por no haberse sumado al alzamiento militar, días y noches confundidas en una sola visión donde se juntan el hambre, el mal olor de las mantas, el frío en las madrugadas y el frío en el corazón.

Después de los rigores de la guerra, la paz llegaba harapienta, carcomida de cartillas de racionamiento y mercado negro, sin que los comedores de Auxilio Social consiguieran lavar la imagen de pobreza que presidía España. En las alcantarillas de la burocracia se fraguó una red comercial paralela que negociaba con el ruido de los estómagos e imponía el estraperlo como forma de comprar, vender, subsistir. Fue un tiempo floreciente para el enchufe y el arribismo, un tiempo sin calefacciones, donde la gente se refugiaba en los cafés y las chabolas invadían el paisaje urbano de los cinturones industriales.

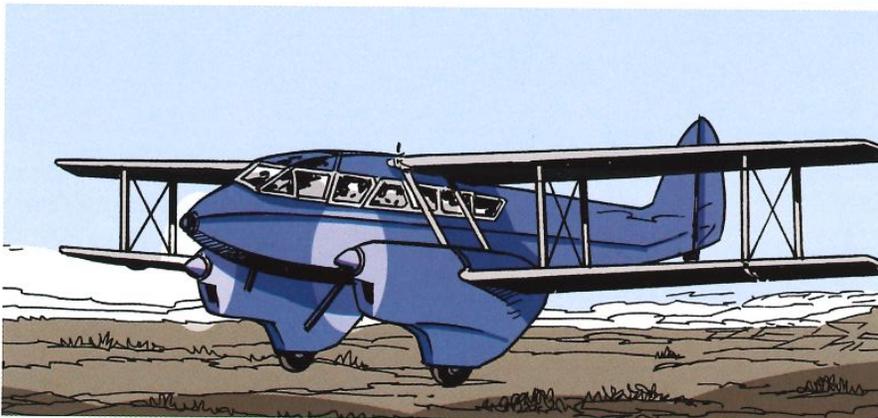
“En las alcantarillas de la burocracia se fraguó una red comercial paralela que negociaba con el ruido de los estómagos e imponía el estraperlo como forma de comprar, vender, subsistir.”



El exilio tras la Guerra Civil podía ser exterior o interno. Esta fotografía muestra la salida de varios presos de la cárcel Modelo de Barcelona en el año 1940.

¡BIENVENIDO, MR. MARSHALL!

1953: CON DIOS
Y CON LOS YANQUIS



La situación internacional generada tras la Segunda Guerra Mundial favoreció los intereses de Franco, que fue aceptado en la escena internacional como aliado.

CON DIOS Y CON LOS YANQUIS

Al acabar la guerra, España era un país arruinado con centenares de ciudades y pueblos devastados y las carreteras y el tendido ferroviario inservibles en largos tramos. A causa de ello, la economía estaría condicionada por la necesidad de levantar cuanto antes un país destrozado. La apuesta del régimen de Franco por la industria la pagó la agricultura, donde se dio carpetazo a los intentos de reforma de la República y el intervencionismo resultaría fatal. De esta forma, la España agrícola que había ganado la guerra perdería los cuarenta años de franquismo.



Franco (centro) y Mussolini (derecha) dialogan en presencia de Serrano Suñer, entonces ministro de Exteriores, en la ciudad italiana de Bordighera en 1941.

Los que conocían a Franco le atribuían rasgos de desconfianza, prudencia y capacidad de adaptación a las situaciones más imprevistas. Y en verdad su carácter le permitió maniobrar con naturalidad en las situaciones más difíciles, consiguiendo poco a poco ablandar la oposición de los países democráticos y ser admitido en la simplificada escena internacional de los años cincuenta. Con la recomposición del mapa político de Europa tras la derrota en la guerra mundial de sus amigos fascistas, Franco es consciente de que dada la anormalidad española se avecinaban malos tiempos para él. Pero no se arredró en ningún momento y tuvo la habilidad de convertir la ofensiva exterior contra su régimen en mayor cohesión nacional.

BAÑOS DE MULTITUDES

El culto a la personalidad del jefe del Estado hace rebosar las cunetas y calles de las ciudades que visita con el pretexto de conmemoraciones históricas, inauguración de pantanos o apertura de escuelas. Días de gloria doméstica de Franco, con su refrote de multitudes ante las narices de la opinión internacional, que quiere que se vaya.

Para cambiar el alma de los pueblos se necesita un poeta, y esta función la cumplió unos pocos años José Antonio Primo de Rivera muerto. Nunca fue Franco un falangista convencido, pero la Falange le sería de enorme utilidad. Sin la vigilancia del gran ausente, Franco pudo manejar a su gusto el legado azul y disponer de servidores sumisos que lo vitoreaban en sus viajes por las tierras de España y le suministraban la lírica de su programa de reforma social. Derrotados los fascismos en la Segunda Guerra Mundial, la revolución pendiente de los camisas azules nunca tendría su oportunidad. Calentaron sillones ministeriales durante todo el franquismo, pero salvo en momentos de excepción, no tuvieron influencia alguna en la marcha del régimen.

“Derrotados los fascismos en la Segunda Guerra Mundial, la revolución pendiente de los camisas azules nunca tendría su oportunidad.”

EL APOYO DEL AMIGO AMERICANO

La guerra fría salvó a Franco. En su lucha contra el oso soviético, Estados Unidos entendió que el Caudillo –con su currículum anticomunista bajo el brazo y su interés en fichar por el capitalismo desnudo, sin las estridencias de la Falange– era un buen aliado. De esta forma, la situación internacional inclinó definitivamente la balanza del lado de Franco, que consiguió ser admitido en el club occidental. Primero, gracias al apoyo del amigo norteamericano, con el que firmó un acuerdo en 1953 a cambio de la instalación de bases militares, y luego por las bendiciones concordatarias del Vaticano. Débiles voces falangistas se opusieron a las bases americanas en nombre de la soberanía española, pero quedaron barridas por el huracán de elogios del régimen a quienes hasta hacía poco eran enemigos irreconciliables.



De general a Generalísimo: el presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, visitó Madrid los días 21 y 22 de diciembre de 1959 para entrevistarse con Franco y con varios oficiales de los ejércitos español y norteamericano. Era la bendición oficial del "amigo americano".

Poco antes de la Navidad de 1959, el presidente de Estados Unidos, el general Eisenhower, llegaba a la base militar de Torrejón de Ardoz en Madrid, donde era recibido por Franco, que había esperado largos años el momento de abrazar al amigo americano. Sólo la emoción de Franco por este reconocimiento internacional de su dictadura puede explicar el disparatado discurso de bienvenida con que obsequió al visitante, explicando el sentido del viaje y comparándolo con "las sublimes predicaciones de san Pablo y los días en que el insigne español Adriano visitaba a pie las ciudades y pueblos de su imperio romano". Luego el pueblo madrileño, a medias espontáneo, y a medias organizado, desbordó las calles llegando a conmovier con su calurosa acogida al hombre más poderoso de la tierra.

"Poco antes de la Navidad de 1959, el presidente de Estados Unidos, el general Eisenhower, llegaba a la base militar de Torrejón de Ardoz en Madrid"